*La mujer y la literatura**

María Luisa Puga

Es significativo que el título de esta conferencia sea "La mujer y la literatura" y no "La literatura de la mujer". Yo no escogí el tema, me fue sugerido, y hace algunos años, no muchos, digamos tres, cuatro, me hubiera incluso indignado tener que dar una conferencia así. Hace algunos años todavía nos estaban tratando de cerrar el paso en la literatura, o cuando menos trataban de situarnos en un espacio definido: la escritura femenina, la literatura de la mujer, la literatura feminista. Hace unos años fuimos una moda. Un éxito editorial garantizado. Un elemento para que fructificara la empresa de lo femenino, de la que se aprovecharon hombres y mujeres. Igual sucedió con los negros y con los *gays*. Igual sucede ahora con la literatura para niños y adolescentes. Ideas del mercado, necesidades de la gente. Momentos en el desarrollo de una sociedad, luchas que el sistema aprovecha y canaliza para sus propios fines. Pero procesos que hacen que las identidades maduren, que las conciencias descubran, que las personas cuestionen.

Y son procesos irreversibles. La mujer mexicana se libera, trabaja, crea no sólo hijos y familias; también arte. La mujer se incorpora en el quehacer de la sociedad desquiciando el comportamiento tradicional de ésta: en la mayoría de las situaciones sociales, políticas y culturales faltaba y en algunos casos sobraba. Ya nada es tan tradicional. Ya se escucha constantemente una voz que a destiempo pregunta: ¿y por qué?, y detrás de esa voz muchos jóvenes, muchachas y muchachos secundan la pregunta: ¿por qué?

En la literatura se comienza a percibir otra forma, otra actitud hacia la manera de contar. ¿Para qué contar, para quién, por qué?

El tema de las escritoras ya no es sólo el de su liberación, su queja, su rebeldía. Ahora en muchísimas novelas escritas por mujeres comienza a aparecer eso que no estaba: la otra mitad de lo humano. La mujer ante el mundo y su funcionamiento. Se comienzan a oír voces que cuentan lo que les pasa a las mujeres ante la autoridad de las mujeres. O lo que le pasa a las mujeres cuando se salen de sus papeles tradicionales y se exponen al mundo. Se empieza a escuchar la voz de una soledad que es la otra mitad de la soledad que nos contaron siempre los hombres. Es soledad también, pero es dicha desde otros ángulos, con otras resonancias: ante la

muerte, ante el fracaso, ante el amor, ante la creatividad.

El tiempo narrativo también se ha transformado. Ya no es nada más ese tiempo filosofado, psicoanalizado, sociologizado o historiado por disciplinas inventadas por el hombre. Ahora también es un tiempo vivido y hablado por mujeres que ya no temen verse y decirse. Mujeres que se atreven a afirmar que no, ellas no sintieron así, como es la costumbre de sentir; no reaccionaron como todos creían que reaccionarían, incluso ellas mismas, sino que experimentaron algo distinto. Algo que nadie había dicho antes, porque sólo ellas podían decirlo cuando finalmente se atrevieran. Cuando por fin se decidieran a verse y a nombrar sus procesos, vivencias y maneras de percepción. Cuando hicieran a un lado su gimoteo por haber sido oprimidas y buscaran a fondo la explicación de su ser subordinado. Cuando aprendieran a aceptarse y valorarse y criticarse. Ellas. Ellas con ellas.

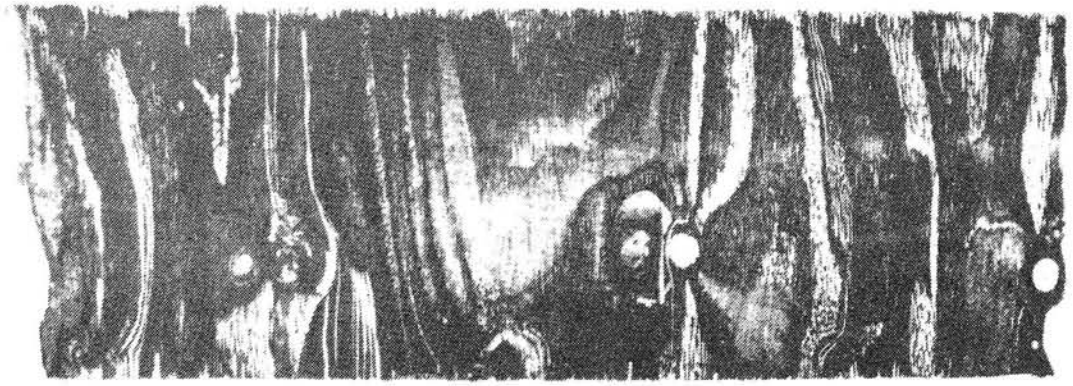
Y entonces comenzamos a comprender que en el poder el ser mujer no es una garantía de nobleza. En la administración no asegura siempre la eficiencia. En la literatura no es sinónimo de talento.

La mujer comenzó a verse como persona. A saber que ser madre o esposa no es suficiente para justificar una vida. Pero también tuvo que aprender que el ser mujer no nos hace automáticamente admirables.

Su narrativa comenzó a cuestionar: ser mujeres cómo. Ser madres cómo. Ser escritoras cómo.

La irrupción de la mujer en la literatura se produjo como un fenómeno semejante al *boom* de narradores latinoamericanos a finales de los años cincuenta y comienzo de los sesenta. Algo arrasador. Un auténtico *hit* de mercado, pero también una inyección de savia, de vida, de nueva posibilidad para la literatura. Esas sacudidas son enriquecedoras. Pero cuando pasa el momento de destello, de novedad, se entiende lo que verdaderamente sucedió. La literatura como un todo ofrece una visión del mundo más completa. La experiencia humana es más comprensible; la vida, esa que tratamos a patadas, es más vivible. La literatura es nuestra conciencia, nuestra memoria, nuestro deseo e imaginación. Cada vez que se enriquece con nuevas voces nos enriquecemos todos.

La mujer ha quedado incorporada en la literatura, es innegable. Y las sociedades siguen luchando por una mejor calidad de vida, y las novelas siguen dando cuenta de estas luchas. Ahora



participa el otro lado de la identidad humana: lo mujer, cuyo tema ya no es solamente la mujer, sino el mundo todo. La forma, el contenido, el sentido del mundo. Es la primera vez que de manera generalizada la mujer se dispone a cuestionarlo, a explorarlo, y eso da por resultado enfoques frescos en todos los terrenos, pero quizá más perceptibles en el arte, que es donde prevalece la libertad de expresión. Las instituciones siguen teniendo una estructura masculinista y para sobrevivir en ellas las mujeres deben integrarse como eslabones uniformizados. En la literatura no, aunque se impongan modas y algunas escritoras se sientan obligadas a seguirlas. Pero eso pasa en la creación siempre. Seguir caminos abiertos por otros con la esperanza en encontrar el propio.

El hecho es que ya se inició la búsqueda de la voz propia, de la percepción propia, y de tanto en tanto surgen libros escritos por mujeres asombrosos en verdad.

Es palpable la necesidad que tienen de escribir, de romper el silencio de nuestro sexo, de contar lo que nadie había contado antes. En los talleres literarios oigo esas voces incontenibles, frescas, espontáneas. Oigo sobre todo esas ganas de decir, de moldear, de estructurar historias. Veo esas miradas nuevas y asombradas. No acaban de sorprenderse de lo que son capaces de ver y nombrar. Es como asistir al despertar de la mitad sumergida del ser humano.

Es el resultado de la lucha feminista, indudablemente. Es el fruto del trabajo de miles y miles de mujeres anónimas. Pero también va siendo consecuencia literaria. Aquellas mujeres que escribieron a pesar de todo, que se atrevieron a enfrentar la soledad por ser diferentes, que aguantaron el repudio sobre todo de las otras mujeres, que dejaron presencia escrita. En nuestro país, Sor Juana, a quien todavía están reconociendo, dice Elena Poniatowska, sin amargura, pero con sarcasmo. Y es que sólo cuando se podía convertir en referencia literaria insoslayable eran reconocidas. Sólo cuando ya no podían ignorarlas eran aceptadas. Cuántas escritoras murieron antes de tiempo. Agotadas por la lucha que tuvieron que sostener para poder escribir. Cuántas prefirieron seguir escribiendo, pero en silencio. Cuántas abandonaron el intento.

A ningún escritor se le pide que sea heroico. A todas las escritoras mexicanas, hasta la década de los años setenta, se les exigió ser heroicas, como lo es la Poniatowska. Casi mártir.

Gracias a ellas, que pese a todo escribieron, ya no es así, ahora ya es normal que las mujeres escriban y que haya unas mejores que otras. Ahora la mujer y la literatura. Ahora se trata de crear posibilidades sociales, políticas y culturales para que nuestras vidas tengan una mejor calidad, una mayor conciencia. Escribimos para reinventarnos, para imaginar una realidad más posible, para no hacernos tanto daño. Esas encerronas pavorosas que son a veces las familias. Esos callejones sin salida que pueden ser los matrimonios. Esas guerras sin tregua que suelen ser las parejas. Esos seres a los que les damos vida y luego nos apropiamos de ellos como si fueran nuestros. Buscar otras maneras de afectividad, de estructura, de puntos de vista.

La mujer que escribe comienza a nombrar realidades nuevas que los jóvenes, hombres y mujeres reciben con entusiasmo. ♦

---

* Texto leído el miércoles 19 de mayo en el Museo Regional de Historia. María Luisa Puga estuvo el 18, 19 y 20 de mayo en la Universidad de Colima impartiendo un curso taller de cuento.